

Es verdad que Dunne sugiere más tarde, en la medida en que yo puedo seguirle, que es mero «materialismo» insistir en un mundo físico que exista independientemente de los cuadros que tracemos de él, de nuestros estados cerebrales. Pero, una vez que adopta esta extremada actitud de idealismo metafísico, parece demoler toda su teoría de las relaciones entre sus observadores regresivos, todos los cuales están siendo educados por el Observador 1, limitado en el Tiempo, pero intensamente enfocado, con su lenta pero segura experiencia tridimensional.

Lo que está experimentando en el Tiempo 1 es nuestra existencia en el mundo físico, también en el Tiempo 1. Lo necesitamos, dice Dunne, para nuestra educación, como los juguetes en un jardín de la infancia. Tenemos que participar de este torpe y limitado nivel físico. Pero, cuando ya no lo necesita, Dunne no solo hace que se desvanezca, sino que pretende que nunca ha estado allí. Y me sigo preguntando: ¿Qué hay del niño muerto?

5

Quienes no hayan leído a Dunne y quieran evitarse las grandes complicaciones de *An Experiment with Time* y *The Serial Universe*, lean dos libros suyos posteriores, más breves y sencillos. (Aunque, paradójicamente, *An Experiment with Time* se reimprime más veces.) Me refiero a *The New Immortality* (1938) y *Nothing Dies* (1940). Aunque ambos contienen simplificada su teoría general del Serialismo, exponen sobre todo las ideas de Dunne acerca de la vida tras la muerte.

Somos seres inmortales, insiste Dunne. Es cierto que «morimos» en el Tiempo 1, cuando nuestro Observador 1 llega al término de su viaje por la cuarta dimensión. Y entonces cesa toda posibilidad de intervención y acción en el Tiempo 1. Esto limita la experiencia del Observador 2 (a través de los estados cerebrales del Observador 1) sobre el Tiempo 1, pero no implica la muerte del Observador 2, que existe en el Tiempo 2. No teniendo ya que atender a ninguna experiencia del Tiempo 1—recordemos que esto es lo que hace el Observador 2, salvo cuando el Observador 1 está dormido o relajada su atención—, el Observador 2 experimenta ahora el Tiempo 2, lo mismo que el Observador 1 experimentó el Tiempo 1. Es decir, para él es el tiempo corriente y sucesivo, tal y como lo conocemos nosotros. Tiene

que empezar a aprenderlo todo de nuevo, a medida que su foco cuatridimensional se trasladada a lo largo de la quinta dimensión o Tiempo 3. Gentes y cosas serán las mismas, y, sin embargo, no serán las mismas. Captamos vislumbres, aunque confusas y deformadas, de este modo de existencia tras la muerte en nuestros sueños.

El foco cuatridimensional del Observador 2 en el Tiempo 2, como hemos visto, produce la confusión y distorsión de los sueños. Carece del claro foco tridimensional y la guía racional del Observador 1, que está dormido. Pero este Observador 2, como señala Dunne, es capaz de «mezclar dos o más impresiones sensoriales, ampliamente separadas en el Tiempo 1, en una sola impresión más compleja». (Ejemplo: el Observador 1 ve un vestido azul en un escaparate. Más tarde, ve a una muchacha en otro lugar. El Observador 2 puede combinar ambas imágenes en una, y entonces la muchacha lleva puesto el vestido azul. Ciertamente, nuestros sueños nos muestran a menudo esta mezcla de imágenes.) Sugiere Dunne que, en nuestro Tiempo 2 «tras la vida», una vez que hayamos comprendido cómo vivirlo, seremos capaces de mezclar, combinar, construir, con todos los elementos de nuestra existencia en el Tiempo 1, utilizándolos más o menos como un compositor utiliza sus notas o un artista, sus colores.

A continuación sugiere Dunne lo que sucederá a nuestras relaciones personales (las observaciones entre corchetes son mías):

En el mundo de lo que podemos llamar el «ahora» menor [Tiempo 1], un encuentro es un estado donde los cuerpos de dos personas se hallan en estrecha proximidad. La atención de ambos está enfocada en ese instante de pseudo-tiempo [Tiempo 1], y la comunicación entre mente y mente, que es la esencia del encuentro, se establece a través de los medios ordinarios de la palabra o el signo. En el «ahora» mayor [el Tiempo 2, pero ahora, tras la muerte, el Tiempo 1 del Observador 2], nuestra atención puede visitar una escena, y podemos volver a ver aquella que buscamos. Podemos oír de nuevo las palabras pronunciadas, podemos recibir y prodigar las mismas caricias. Pero la atención de ese otro puede que no esté allí. En tal caso, no hay *encuentro*. Además, en el mundo del «ahora» mayor, la comunicación no se establece mediante la palabra o el gesto, sino (como demostraré más tarde) mediante un *campo común de consciencia*. La mente se comunica directamente con la mente... el encuentro en ese mundo, si ha de durar más de un fugaz instante, requiere un deseo mutuo. Pero exige algo más que eso, si hemos de saborearlo en plena perfección. Ahí es donde interviene la ética. Para empezar, téngase presente,

por favor, que el que, o la que, buscamos está dedicado a su construcción del mundo, y que la estructura que pretende levantar es casi seguro que difiere en muchos elementos esenciales de la que proyectaríamos nosotros. Ahora bien: uno puede ser un pequeño *dios* en su propio y pequeño reino. Podemos hacer que todo suceda exactamente como deseamos. Podemos volver a encontrarnos con todos aquellos a quienes hemos conocido, en cualquier edad que recordemos. Nos darán una cordial bienvenida..., si así lo deseamos. Reconocerán que teníamos razón, después de todo, en aquellas pequeñas disputas. Pero, en seguida, a menos que seamos tontos de capirote, comprenderemos que esa docilidad suena a falsa. Habrá un momento terrible en que descubriremos que las palabras están dictadas por nosotros, que ese afecto es invención nuestra. Tendremos lo que hemos querido siempre en esta vida: un mundo en el cual se cumplen todos los deseos. Es un pequeño paraíso de gozo particular, y un infierno de absoluta soledad. Para eludirlo o escapar de ello, tendremos que estar dispuestos a renunciar a parte de nuestra soberanía. Hemos de estar dispuestos a edificar para complacer a otros...

Simple y probada ética—y no peor por eso—, pero situada sobre un fondo que se me antoja una impresionante esfuerzo intuitivo o imaginativo, por parte de un viejo ingeniero aeronáutico.

Su obra *póstuma*, *Intrusions?* (que fue escrita, según nos dice la señora Dunne, «con un sentido de urgencia y en circunstancias de mala salud crónica», jamás revisada, jamás ni siquiera completada), es más personal en su materia y maneras, más religiosa en el tono, que sus libros anteriores y más importantes. Hacia el final, hay un pasaje, no directamente relacionado con el problema del Tiempo, pero tampoco enteramente separado del mismo, que nos servirá como cita final de Dunne:

El fluir de la energía nerviosa en cualquier sistema de materia nerviosa tiende a seguir los caminos de menor resistencia. Tal clase de fluir se llama, naturalmente, automática. Tal fluir automático tiende a hacerse (en la historia vital del género en cuestión) incontrolable e inconsciente... *Déjese que una actividad automática y específica funcione durante muchas generaciones, sin una interferencia frecuente, y primero se hará incontrolable, para hacerse después inconsciente.*

Imaginemos una civilización en la que haya desaparecido, desde mucho tiempo atrás, todo esfuerzo, peligro y dificultad para subvenir a las necesidades cotidianas; en la que la adherencia a un código de mutuo respeto social, junto con una mutua condescendencia social, se hayan convertido en una segunda naturaleza para todos, de modo que ningún individuo sufra por falta de compañía o por insatisfechos anhelos emocionales; un mundo en el que la música, el arte

y las distracciones sean proporcionados por el Estado y estén de acuerdo con las exigencias de una mayoría mediocre; un mundo en el cual las «almas ardientes» sean chocantes anacronismos. ¿Qué ocurriría? Naturalmente, el maravilloso cerebro del hombre se adaptaría rápidamente a las nuevas condiciones estereotipadas. Su respuesta para cada situación recurrente sería perfecta y no dejaría nada que hacer a la mente. La mente podría descansar. Podría sentarse a admirar plácidamente las actividades aduladoras de su mecánico servidor, el cerebro. No habría ya la menor necesidad de la interferencia de la mente. Déjese que la Especie Humana prosiga en tal estado sin sufrir interrupciones por parte de una Naturaleza conquistada. ¿Cuál sería el resultado a la larga?

*El hombre se convertiría en un autómatas casi enteramente inconsciente.*

A esto podríamos añadir que no solo se convertirían los hombres casi en máquinas, sino también que no tardarían en considerarse (ya hay signos de esto entre los hombres que nos muestran orgullosamente sus computadores y otros aparatos electrónicos) como máquinas inferiores. Las máquinas superiores se impondrían. Pero nunca ocurriría eso si los hombres comprendiesen que sus mentes existían en tiempos que ninguna máquina podría conocer.

Repito ahora lo que dije al comienzo de este capítulo, a saber, que quienes nos preocupamos de algún modo por el problema del Tiempo, tenemos una gran deuda con John William Dunne. Podemos rechazar, como rechazo yo, sus ideas regresivas del Tiempo y la personalidad; podemos creer que los filósofos profesionales le derrotaron, cuando Dunne luchó en el terreno de ellos en pro de sus pruebas metafísicas respecto a la regresión del Tiempo; podemos pensar, como pienso yo, que malgastó demasiados años y energía cazando liebres que él mismo había puesto en escena. Pero sus experimentos con sueños y sus análisis del yo soñante, me parecen de más valor que todo lo producido por los esfuerzos unidos de todos los demás en este campo.

Nadie puede examinar ahora seriamente el problema del Tiempo, sin tener en cuenta la obra de Dunne. Nunca le fue debidamente reconocida y aceptada, en el curso de su existencia. Sin embargo, debe ser encomiado y honrado como uno de nuestros grandes innovadores y liberadores. Me gustaría creer que hay algún medio de transmitir esta gratitud y un vigoroso y cordial ¡bravo!, para su Observador Dos o Tres.